

Viena, el origen del mal

Un libro de Jacques Le Rider desvela cómo surgió el primer antisemitismo en la ciudad europea que más debía a los judíos

NOVEDAD

CÉSAR COCA

Los judíos vieneses no pudieron acceder a escuelas y universidades públicas hasta la promulgación del llamado Edicto de Tolerancia, en 1781. El mismo texto legal les permitió ejercer oficios que hasta entonces les estaban vetados, ingresar en la carrera militar y no tener que hacer frente a algunos impuestos especiales que solo ellos pagaban. La igualdad absoluta no llegó hasta 1867. Sesenta años después, a punto de desencadenarse la tragedia, los judíos apenas eran el 9% de la población de la capital austriaca pero su presencia en las élites sociales resultaba abrumadora: eran el 62% de los abogados y los dentistas, el 47% de los médicos, el 94% de los directores de agencias de publicidad, el 28% de los profesores universitarios, el 18% de los directores de banco, más del 70% de los comerciantes de los más importantes sectores y el 71% de los editores de periódicos y revistas. En ese momento, vivían en Viena más de 180.000 judíos. En 1945 eran solo 5.700 y se había llegado a la gran paradoja: la de la existencia de un antisemitismo sin judíos.

El antisemitismo de Viena hundió sus raíces en una sociedad que progresó y se modernizó sobre todo gracias a un par de extraordinarias generaciones de artistas, intelectuales y empresarios judíos. Este fenómeno, que no resulta fácil de comprender visto desde la distancia, es el eje central de 'Los judíos vieneses en la Belle Époque', de Jacques Le Rider, que acaba de publicarse en España (Ed. del Sub suelo). A lo largo del texto, Le Rider analiza distintos factores que resultan cruciales para entender lo sucedido, hasta terminar con la semblanza de un puñado de judíos que marcaron la cultura vienesa.

Demografía

Un elemento muy llamativo es el demográfico. La población judía crece exponencialmente en poco más de tres décadas. En 1857, tres años antes



Judíos ortodoxos en Leopoldstadt en 1915. Debajo, humillados por los nazis, en los últimos años treinta.

de la entrada en vigor de la ley que concedía igualdad plena de derechos, vivían en la capital del Imperio Austro Húngaro algo más de 6.000 judíos, apenas el 1,3% de la población. En 1890, fruto de un gran flujo migratorio procedente del Este, habían ascendido hasta los 100.000, el 12% del censo. El antisemitismo floreció sobre el terreno abonado de ese incremento.

Los judíos vieneses contemplaban como extranjeros exóticos a quienes llegaban, marcando también una cierta diferencia de clases: los primeros eran banqueros, grandes comerciantes, profesionales, académicos... y los segundos, artesanos, trabajadores manuales, agricultores. Por eso, algunos integrantes de la élite no se dieron cuenta del peligro que encerraban los gru-

pos antisemitas. Le sucedió a Stefan Zweig, partidario de que los judíos europeos, en su conjunto, se asimilaran a las distintas culturas nacionales y borrarán las particularidades que quienes venían de Polonia, Rusia o Ucrania aún tenían. Cuando los nazis llegaron al poder y aprobaron las Leyes de Nuremberg, fue uno de los que más se sorprendieron. El título de sus memorias, 'El mundo de ayer',

lo dice todo.

Le Rider narra con detalle el proceso vivido en Viena, que debería haber sido un aldabonazo en Europa porque preluaba lo que iba a llegar. En 1897, la capital austriaca se convierte en la única gran urbe del continente gobernada por un partido antisemita. Aún más, la modernidad se tiñe en la ciudad con idéntico tono, pese a que en las décadas anteriores de la misma habían sido los judíos. Unos judíos que por un lado habían sido los criti-

EL PAPEL DE LOS INTELLECTUALES

Le Rider repasa la peripetia de los intelectuales en la Viena de esos años. Ahí está Freud, consciente de que el rechazo inicial del mundo académico a sus teorías se debe a su origen. O las contradicciones de Kraus, que siendo judío coincide tantas veces con los antisemitas en sus críticas. O Mahler, obligado a convertirse al catolicismo para ser admitido en la Ópera de Viena y soporantando que un crítico asegure que «tiene una personalidad demasiado marcada para poder librarse de su raza». O Schönberg, completamente ajeno a los asuntos religiosos, que asumió todos los ritos en 1933 como respuesta a la persecución nazi. Viena, que tanto le debía, les volvió la espalda.

cos más lúcidos de los problemas del desarrollo económico, político y social del país, y por otro los abanderados de la secularización. En los círculos intelectuales se hablaba de los «judíos de tres días al año», en referencia al grupo creciente que sólo cumplía los preceptos del Año Nuevo, la Pascua y el Día de la Expiación.

Calumnias

Al leer ahora lo que decían los dirigentes de los grupos antisemitas a finales del XIX se descubre que la propaganda nazi de los años treinta no era más que una vulgar copia. Karl Lueger, dirigente del Partido Socialcristiano, dice en el Consejo Imperial en 1890: «Los lobos, las panteras, los leones y los tigres son humanos, comparados con estos rapaces con rostro humano». Goebbels no pasaba de ser un alumno aventajado que no inventó nada en cuanto a calumnias y propaganda. Lueger, que llegó a la alcaldía de Viena dos años más tarde —sería elogiado por Hitler como el «más grande alcalde alemán de todos los tiempos»—, promulgó las primeras medidas contra los judíos: el Ayuntamiento dejó de contratarlos pese al fuerte aumento del aparato burocrático en esos años, y a quienes ya trabajaban allí les vetó para cualquier ascenso.

La propaganda antisemita tuvo éxito. Muchos judíos optaron por confundirse con el paisaje para no molestar, y hasta el mayor diario de la ciudad, el 'Neue Freie Presse', de capital y control judío, mantuvo un perfil muy bajo sobre la materia, sumándose no pocas veces al nacionalismo alemán. Solo algunos grupos de estudiantes plantaron cara a otras agrupaciones antisemitas en su mismo terreno: el de los duelos y las peleas callejeras. No sirvió de mucho: cuando terminó la Primera Guerra Mundial, muchos vieneses creyeron las patrañas que los grupos furibundamente antisemitas les contaban, como que los médicos judíos cuidaban con mayor esmero a los de su etnia mientras enviaban de nuevo al frente a los de raza aria.

Con la caída de los Habsburgo, los judíos perdieron su principal soporte y el antisemitismo dominó todos los ámbitos. El escritor Hugo Bettauer, en su novela satírica 'La ciudad sin judíos' (de 1922, acaba de ser editado en castellano por Ed. Periférica), hablaba del sueño de tantos vieneses. Bettauer, que fue asesinado por un seguidor del Partido Nazi en 1925, no llegó a ver cómo su profecía se hacía realidad en Viena al acabar la guerra.